

Medio	Revista YA.
Fecha	21-1-2014
Mención	Renacen las escritoras pioneras. Mención a la UAH.

PLUMAS FEMENINAS CHILENAS EN SIGLOS 19 Y 20

RENACEN LAS *escritoras* PIONERAS

Desde los 90 avanza la tendencia académica a redescubrir y traer de regreso a grandes escritoras de otros tiempos. Desde Mistral y Wilms Montt a Marta Brunet y Winétt de Rokha, pasando por la primera periodista de Chile, Rosario Orrego, son reeditadas y estudiadas en universidades. Un *revival* literario que refresca la memoria del país y que las nuevas generaciones agradecen.

POR MARÍA CRISTINA JURADO

Mercedes Marín del Solar (parte de la generación literaria de 1842) era maciza, inteligente, feminista y creativa. El historiador y político Miguel Luis Amunátegui rompió los moldes de su época y se transformó en su biógrafo: la reconoció como poeta. Miembro de una clase social privilegiada en el Chile de principios del siglo XIX, esta hija de patriotas fue una voraz lectora y ya, a los 15, escribía poemas. Publicó su principal obra, "Canto fúnebre a la memoria de don Diego Portales", en 1837 en el diario *El Araucano*. Trabajó sin descanso y con seriedad, pero nunca pudo publicar un libro: era mujer. Y ser mujer en su tiempo le imponía duros límites sociales y familiares; entre otros, el guardar modestia, vivir con recato y ojalá, invisibilizar su talento. "Mujer que publica, mujer pública", recuerda que se comentaba en el siglo diecinueve la doctora en literatura de la Universidad de Chile Alicia Salomone.

En 2012, como parte del actual *revival* de talentos literarios relegados, las doctoras en literatura

de la Universidad Católica de Valparaíso Damaris Landeros y Joyce Contreras quisieron desenterrar el nombre de Marín. Y republicar su obra, que duerme desde el siglo diecinueve. No pudieron: el Fondo del Libro les fue esquivo. Aunque terminado, el proyecto aguarda un espaldarazo y Mercedes, una escritora de pluma acerada y mirada visionaria, ser reconocida por las nuevas generaciones.

Marín del Solar no es el único ejemplo. Son varias las académicas de hoy –entre ellas, Antonia Viu de la Universidad Adolfo Ibáñez y la doctora de la Universidad de California Davis, Claudia Darrigrand– que intentan revivir el nombre de la primera periodista y académica de Chile: Rosario Orrego, una madre de cinco hijos, casada dos veces y quien sentó precedente en la literatura decimonónica. La primera de su trilogía de novelas, publicada después de romper todos los cercos sociales de su época, *Alberto, el jugador*, salió a la luz en 1860.

En 2001, la Editorial Cuarto Propio, en un esfuerzo mayúsculo, la reeditó.

Y otra escritora de antaño, tam-

bién sujeto de estudio hoy, es Inés Echeverría ("Iris"). Iris, una mujer culta y de clase privilegiada –como la mayoría de quienes componen el actual *revival*– nació a fines del siglo XIX y tuvo su momento de oro en los años veinte. Comenzó a publicar en 1905, en diarios y revistas –una tribuna usual para las escritoras de la época, porque la industria editorial era casi inexistente y estaba reservada a los hombres, que escribían desde la política y los negocios– y, con

arduo esfuerzo y obsesión personal, se transformó en crítica teatral y periodista. Fue amiga del Presidente Arturo Alessandri y de Eliodoro Yáñez, fundador de *La Nación*, quien la acogió en sus páginas. Se la considera una de las primeras feministas con opinión y voz. Después de años de olvido, en 2007 sus "Memorias de Iris" fueron publicadas por su nieta, Verónica Noguera.

Muestra de un fenómeno que Lorena Amaro, investigadora y docente de la Universidad Católica, quien ha dedicado años a estudiar a estas precursoras en la literatura, observa: "Que Noguera haya publicado a su insigne abuela más de medio siglo después de su muerte en 1949, revela una arista interesante: por primera vez las familias tienen interés en mostrar y publicar manuscritos íntimos. Este gesto potencia el *revival* y permite el acceso contemporáneo a una obra valiosa".

Amaro no es la única con esta visión. La actual búsqueda de transparencia también toca a la academia, a los creadores literarios y a sus herederos.

Desde la Universidad Adolfo Ibáñez, la doctora en Literatura, docente

e investigadora Antonia Viu se hace eco con su trabajo. Directora del Magister de Literatura Comparada, Viu ha dedicado tiempo a estas escritoras olvidadas que pugnan por renacer en Chile. Desde su cátedra y de su curso "Relecturas del Canon", da cuenta de las dificultades y tropiezos que todas, cada una en su época, enfrentaron por el solo hecho de ser mujer y vivir en una sociedad que no aceptaba de buen grado el talento femenino:

—En los siglos XIX y principios del XX todas recorrieron caminos problemáticos. Muchas veces en forma ambivalente, divididas entre sus roles de género y la necesidad de afirmar su voz en público. Era difícil porque carecían de modelos, salvo excepciones como el caso de la poeta Sor Juana Inés de la Cruz en la Colonia. No solo en Chile, también en Latinoamérica, estas

escritoras talentosas escribían con seudónimo, lo que les permitía transitar entre los códigos públicos y privados sin tanta crítica social. Un ejemplo es la primera académica de Chile, Rosario Orrego, quien firmaba sus escritos como "Una Madre". Todas fueron aristócratas y, más tarde, hijas de inmigrantes y de clase media. Para ellas, escribir fue también un acto de incorporación a la sociedad, de luchar contra los prejuicios en ausencia de todo tipo de modelos. Las mujeres aparecen tardía e irregularmente en la literatura chilena. Fueron pioneras.

En el Magister de la Adolfo Ibáñez, que estudia a escritores chilenos en diálogo con creadores europeos, importa releer los parámetros con que se juzgó a la escritura nacional en el pasado. Una nueva mirada académica que resitúa las letras femeninas y que toma en cuenta no solo su calidad estética, sino, en forma creciente, factores de género, culturales y sociales. Dice Viu:

—No nos interesa solo leer "Memorias de infancia" de la chilena María Flora Yáñez, sino que importa saber dónde y cuándo la publicó, qué pasaba con la industria editorial del libro en los años 40, quiénes leían y cuál fue su recepción crítica en 1947.

Estas preguntas permiten entender la construcción de esta autora, quien era hija de Eliodoro Yáñez y hermana de un poeta. Nuestro curso explora cómo el género y la historia cultural fueron rediseñando el canon literario en Chile.

De paso, rescata a grandes olvidados de la literatura nacional.

Yo soy otra

Escribir bajo un seudónimo fue, en el siglo diecinueve y hasta la mitad del veinte, no solo una forma de disfrazar su identidad para las mujeres. También, un factor de protección familiar y social, dice la investigadora Alicia Salomone:

—La difusión de la obra literaria femenina estuvo limitada durante siglos. La razón eran los códigos culturales imperantes, sobre todo en las clases altas, que establecían que el ámbito propio de una mujer era el hogar y su rol de esposas y madres. La exposición pública de sus cuerpos y del cuerpo de la escritura chocaba con las normas y el buen gusto de la época. Durante decenios no solo las chilenas escribieron con seudónimo, también sus pares latinoamericanas, europeas y norteamericanas.

Era irónico, dicen los estudiosos. El país en la época exhibía importantes tasas de analfabetismo y la mayoría de las chilenas no tenía acceso a la educación. Un poco más instruidas eran las nacidas en la clase alta que, con institutrices y leyendo, pudieron aprender a escribir. Sin

embargo, fue la clase más protegida la que recibió mayor castigo social si algunos de sus miembros accedían a lo público. Una paradoja que marcó el siglo diecinueve y que retrasó las letras femeninas, no solo en Chile, sino en el mundo. Basta recordar el ejemplo de las hermanas Emily, Anne y Charlotte Brontë, quienes en

1846 se disfrazaban de hombre para, desde Yorkshire, donde vivían, viajar a Londres a ofrecer sus manuscritos en las editoriales.

El cambio llegó entrado el siglo veinte. Recuerda Alicia Salomone: “Muchas mujeres se incorporan al mundo laboral y público, sobre todo de las clases medias. Las ciudades modernizadas abren nuevos espacios culturales: bibliotecas, salones de lectura, grandes tiendas, que favorecen la circulación femenina en el ámbito público”.

En esta etapa —y porque aún publicar un libro era tarea casi imposible para ellas— florece la publicación de crónicas, ensayos y opiniones femeninas en diarios y revistas. Sentaron precedente en el Cono Sur Alfonsina Storni y Victoria Ocampo en Argentina; la Premio Nobel Gabriela Mistral desde El Mercurio de Chile y la poeta Juana de Ibarbourou en Uruguay.

Mientras estas autoras publican columnas y crónicas, en los años 20 y 30, la poeta chilena Winétt de Rokha —Luisa Anabalón—, mujer de Pablo, acompaña por campos y pueblos a su célebre marido, mientras este vende sus libros de poesía. Pocos saben que ella, por derecho propio y con calidad, también escribe poemas. Su talento quedará opacado frente al de su marido, que ella adoró hasta su muerte en 1951.

La doctora Claudia Darrigrandi va más atrás en el tiempo. Y recuerda la dura censura que, en el Virreinato de Nueva España, recibió la poeta Sor Juana Inés de la Cruz por atreverse a escribir sobre teología durante la Colonia:

—No fue raro, la teología era un tema de hombres. Hasta entrado el siglo veinte, si una mujer se atrevía

a escribir, se esperaba que fuera de asuntos propiamente femeninos: el amor, los sentimientos, una escritura sensible y doméstica. Y ojo: una cosa era escribir; otra distinta, publicar. En la época, ellas eran consideradas seres inferiores y debían estar supeditadas a un padre, esposo, hermano o tutor. No tenían autonomía, menos en lo intelectual. Esta idea se mantuvo por siglos y muchas, por desafiar esta ley, sufrieron burla o exclusión. En pleno siglo veinte, la escritura de un talento como Marta Brunet fue asociada públicamente a lo masculino, por no limitarse a temas de la intimidad.

Lorena Amaro recuerda que Raúl Silva Castro, un importante crítico literario entre 1930 y 1960, dijo que Brunet era un ejemplo de “varonilidad del talento”: solo así se explicaba su maestría.

Tan marcado era el poder masculino sobre la escritura femenina hasta 1950, que ningún investigador en literatura olvida el caso de la novelista María Flora Yáñez, hija del influyente político y fundador de La Nación, Eliodoro Yáñez, y hermana del poeta Juan Emar. Despierta, creativa y culta, esta chilena, quien nació en 1898 y murió en 1982, leyó desde chica y escribió desde muy joven, pero recién se atrevió a publicar después de la muerte de su padre, a quien le aterraba que su hija se convirtiera en personaje público por culpa de su pluma. “Eliodoro la hizo jurar que jamás publicaría y solo se hizo conocida en ciertos círculos después de su muerte, en 1932”, dice Antonia Viu desde la UAI. Y la doctora Lorena Amaro agrega sobre Yáñez, quien fue suegra del arquitecto Fernando Castillo Velasco:

—La obra autobiográfica de María Flora es decidida en muchos sentidos en el panorama de la literatura chilena. Exhibe una mezcla de respeto a la sanción social, pero al mismo tiempo una toma de riesgo. Le confiere autoridad a su obra mediante la vicarización (escribir con la venia o por pedido de una figura masculina de autoridad), pero sin dejar de transparentar sus conflictos, como su debate personal entre el matrimonio,

la maternidad y su necesidad de expresión creativa.

María Flora Yáñez y su cuñada Inés Icheverría (Iris) tienen algunos de los textos autobiográficos más representativos de su época. En especial "Visiones de Infancia" (1947), de Yáñez, le parece a la profesora Amaro "uno de los más interesantes que se han escrito sobre la memoria a esa edad en Chile".

Igual opina la Editorial Sangría, que quiere publicar a Yáñez en los próximos años.

Desde Mistral y Wilms

Fue en los años 90, dicen los investigadores, cuando debutó el primer intento de traer al siglo veinte y veintiuno a estas escritoras de gran calidad, pero olvidadas en el tiempo. Había por qué dicen los estudiosos, quienes ven en la reedición y la investigación académica sus mejores aliados. Solo faltaba el cómo. Veinte años después aún es tarea pendiente. Se ha avanzado, pero falta una toma de conciencia nacional para reflotar a estas pioneras literarias en editoriales, librerías, bibliotecas y colegios. Y fondos, dicen desde la academia, porque investigar y reeditar es caro.

Antonia Viu, docente en la Adolfo Ibáñez, y Lorena Amaro, en la Católica, marcan el principio de este revival en los años 90, con el redescubrimiento de Gabriela Mistral y de Teresa

Wilms Montt (1893-1921), conocidas por las generaciones jóvenes gracias a la reedición de sus obras y la filmación de documentales y películas.

Dice Amaro:

—Que estas escritoras revivan no solo es un acto de justicia, sino de importancia para el país. Hay talentos como Marta Brunet y María Luisa Bombal, quienes florecieron en la literatura de los 30 y los 40 y que fueron leídas en forma sesgada durante años. Con Mistral y Wilms Montt partió un fenómeno de relectura y de resituar a estas autoras: por ejemplo, se habló por primera vez de homosexualidad y lesbianismo. En 2013 la Editorial La Pollera publicó la versión más completa del "Poema de Chile" de Gabriela, probablemente una de las obras mayores y más importantes de la poesía nacional. Hoy, por primera vez, se habla de su ojo crítico, de sus cartas y ensayos sociales y políticos.

Bajo esta nueva mirada, la Universidad Alberto Hurtado se prepara a publicar una nueva edición de las Obras Completas de Marta Brunet, autora de "Montaña Adentro" (1923). Hoy predomina una nueva visión sobre el erotismo y la violencia en sus novelas, que la crítica nacional se negó a comentar durante casi un siglo.

Fueron tantos años, dicen los investigadores y académicos, de silencio y lecturas sesgadas de nuestras autoras, que Chile merece hoy conocer y releer a Mercedes Marín, María Flora Yáñez, Inés Echeverría, Rosario Orrego. Y otras que aguardan. No solo por el renovado interés en su pensamiento y su escritura: también porque dejaron una estela. Por ejemplo, se reconoce en escritoras contemporáneas como Diamela Eltit y Beatriz García Huidobro la huella de Brunet. La época es la justa: como nunca, la tecnología y la búsqueda social de transparencia marcan tendencias en la investigación literaria, que se abre a la verdad. **ya**





Lorena
Amaro



Alicia
Salomone

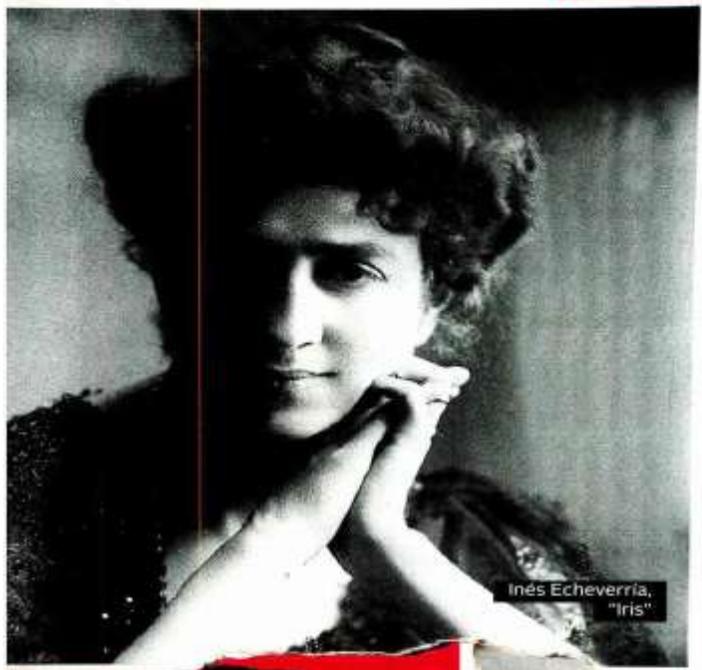


Damaris
Landeros



Claudia
Darrigrandi

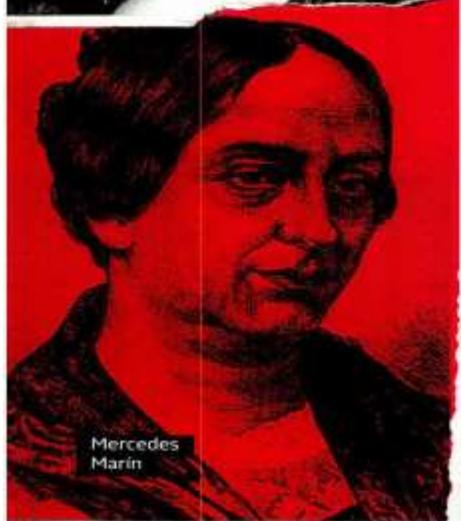
LAS ESCRITORAS
DEL SIGLO
XIX ERAN
ARISTÓCRATAS
E INSTRUIDAS.
*Escribieron
con
seudónimo,
bajo fuerte
presión social.*



Inés Echeverría,
"Iris"



Rosario
Orrego



Mercedes
Marín



Marta
Brunet



María Flora
Yáñez

EL REVIVAL
COMENZÓ EN
LOS 90 CON
MISTRAL Y
WILMS MONTT.

*Cada día
aparecen
nuevos
talentos
olvidados.*